

una evidencia matemática, y sin que haya necesidad de hacer una estadística inmensa, ni de compulsar los relatos de los viajeros, que el bienestar de estos esposos disminuirá por la razón misma que debía llevarlo á su colmo, en 12, 15, 20, 30, 50 y hasta 80 por 100.

Y como cada uno de los hijos, cuando apenas sale de la escuela y entra en el aprendizaje, está en disposición de hacer por su propia cuenta lo que hizo su padre; como todos sus deseos le impulsan á esta imitación; como la abstinencia sólo serviría para hacerle perder el amor al trabajo y al espíritu de orden y de economía, resulta que la procreación de los hombres gana incesantemente sobre la producción de la riqueza, la cual permanece siempre en retraso, y que la potencia de desarrollo de la humanidad por la generación, y su potencia de desarrollo por el trabajo, son entre sí como las progresiones:

1. 2. 4. 8. 16. 32. 64. 128. 256...

1. 2. 3. 4. 5. 6. 7. 8. 9...

Lo repito; Malthus aislaba estas dos progresiones, ó por lo ménos no me parece que haya comprendido bien su solidaridad y su identidad, y esto debía corregirse por interés de su teoría. Los hechos, es decir, la miseria humana manifestada bajo mil formas espantosas, *terribiles visu formæ*, hambre, guerra, peste, enfermedades, corrupción, etc., como lo probó Malthus con una erudición inmensa, confirman todos los días la exactitud de esta ley. ¿Se ha visto jamás enigma, ficción ó fantasma que se haya expresado con semejante energía, y se demuestre con una abundancia de hechos tan irresistible?

En el orden de la sociedad, como en el de la naturaleza, la miseria es, pues, cosa fatal: pretender

preservarse de ella es querer que la ley de los logaritmos cambie á nuestro antojo, y que la aritmética deje de ser una verdad. Estando encadenadas las dos proporciones por una relación necesaria, esperando en el fondo de la misma idea, y traduciendo el mismo hecho, la misma ley eterna establecida desde el principio del mundo, *Creced y multiplicaos*, es inevitable que, si dejamos obrar á la naturaleza, caigamos en la miseria por el exceso de la reproducción; y si resistimos á la naturaleza, ó si la engañamos por medio de suplementos ilusorios, primero, nos sustraemos á nuestro destino más imperioso, tomaremos después horror á la familia y al trabajo, y nos precipitaremos en una serie inversa de males.

Hé ahí, en su expresión más clara y más oscura, la más decisiva y la más desesperadora, el mito final de la economía política, la corona de la propiedad, la alegoría del trabajo y de la familia. La humanidad se consume y perece por el ejercicio de sus facultades vivíficas; y si pudiese haber un término á su suicidio, dejaría de existir.

Cuando la teoría económica, siguiendo de lejos la esperanza, pronunció la palabra miseria, ha expresado con esta palabra la ley íntima de nuestro desarrollo, la esencia de nuestro ser, la forma de nuestra vida. Aumento rápido de la población y progreso lento de las subsistencias, son las dos fases de una misma idea, de un solo y único fenómeno. Esta es la fórmula misteriosa de una ley tan cierta como todas las que presiden á los movimientos de los cuerpos celestes, de una ley inflexible y sin misericordia como una ecuación de álgebra. Consideradas desde este punto de vista, ¡cuán pueriles y mezquinas deben parecernos las quejas del miserable y los paliativos del filántropo! La fatalidad nos hace vivir, y la fatalidad nos arrastra; el placer que nos proporcionan

se lo hace pagar bien caro; ¿por qué habremos de gritar y de gemir? ¿Y qué nos quieren esos economistas que, incapaces de descubrir el hilo de sus propias ideas, tan pronto nos aconsejan que produzcamos más, como nos recomiendan que hagamos menos hijos? ¡Como si estas dos formas de la generación humana no estuviesen irrevocablemente encadenadas la una á la otra, y como si hubiese ventaja alguna en reemplazar la miseria que resulta para nosotros de la imprevisión de la naturaleza, con la que nace de nuestra propia previsión!

Indudablemente se me dirá, nada tendríamos que replicar á la doble ley de Malthus, y nos guardaríamos de quejarnos, adorando en silencio el decreto de la fatalidad económica, si esta desigualdad del desarrollo humano en población y en riqueza fuese de una incontestable certidumbre, si llevase en sí mismo el carácter de una idea completa y definitiva, como conviene á una idea verdadera; en una palabra, si esta ley no fuese una contradicción evidente. Pues bien: el principio de Malthus cae de lleno en el caso de todas las antinomias; y según nuestros propios principios, según esa teoría de los contrarios calificada de infalible, el antagonismo del progreso en la población y la producción, sólo prueba que existe un principio de equilibrio, y que la ciencia debe descubrirlo.

¿Cómo: entre los animales, sólo el hombre, como una distinción gloriosa, es trabajador; la Providencia le mandó poseer la tierra y organizarse por familias; la felicidad se puso para él en el ejercicio de esta doble función del trabajo y del amor; de ellas depende el aumento incesante de su energía, la multiplicación de sus medios, el progreso de su fecundidad industrial y el desarrollo de todas sus simpatías; y cuando llega el momento de realizar sus

magníficas promesas, la Providencia, que no mintió jamás, se cambia de repente en una amarga decepción! ¡Para conocer la dicha, la humanidad, como Saturno, tendrá que devorar á sus hijos! ¡El amor marchará con demasiada rapidez, y el trabajo con demasiada lentitud! ¡El organismo social estará tan falsamente arreglado y tan mal concebido, que el hombre no podrá sostenerse sino por la pérdida continua de su carne y de su sangre! Le será necesario perecer para vivir, á no ser que prefiera abstenerse de la reproducción, lo cual es pérdida y miseria. La muerte será el gran preboste de la economía política, encargado de restablecer el equilibrio entre la población y las subsistencias, y someter las obras del amor á la medida de las obras del trabajo, el número de las criaturas razonables á la proporcionalidad de los valores. ¿Quién impedía á la naturaleza ó á la Providencia aumentar la fecundidad de la tierra, limitando al mismo tiempo la de nuestra especie, y por esta restricción de nuestra facultad genital hecha en tiempo oportuno, detener esta horrorosa exterminación?

Pero esta ley de muerte que se apodera del hombre y del bruto y que tanto os subleva, replica el materialismo utilitario, ¿es algo más que la grande evolución de la naturaleza, figurada por la trinidad india, Brahma, Siva, Visnú, el Creador, el destructor y el reparador; evolución auténticamente reconocida por la ciencia, y que emanando directamente del dualismo eterno é irreductible, no tiene síntesis posible? Vuestra esperanza es infundada, y la antinomia no tiene solución en la tierra. La creación es un vasto campo de batalla en donde la vida sirve de pasto á la vida y renace perpétuamente de la muerte. El reino vegetal, plantado sobre el reino inorgánico que absorbe y se asimila sin cesar, pro-

porciona á su vez la subsistencia del reino animal, cuyas innumerables especies habrian arrasado la tierra, si no fuesen destruidas las unás por las otras y por el hombre. Éste á su vez, no teniendo á nadie por encima de él, ni ángel ni demonio que lo coma, se devora á sí mismo. La antropofagia es la sancion de la ley natural; y por facilitar su cumplimiento, la Providencia instituyó el monopolio y el Estado, garantizó la propiedad y sometió los humanos á un órden jerárquico que permite á los fuertes devorar á los débiles sin peligro y sin remordimientos.

Así, pues, todo sale de la sustancia infinita, y todo vuelve á ella: el acto por el cual se efectúa la emision de los séres vivientes, es la generacion; el acto por el cual vuelven á entrar en el receptáculo comun los elementos que la organizacion arrastra, es la muerte. ¿Por qué quejarse de esta ley?

Si nuestras reclamaciones pudiesen ser atendidas, despues de obtener para todos la ventaja de una vejez afortunada, deberíamos pedir todavía una vida y una juventud perpétua: morir por decrepitud es, en efecto, una cosa tan fea y tan inconcebible como morir de miseria. Pero no puede ser así; la inmortalidad, con la facultad de multiplicarse á lo infinito, es absurda; y en cuanto á la prolongacion de la vida media hasta los confines de la extremada vejez, es incompatible con nuestra constitucion, y comprometeria nuestra existencia porque suspenderia la manifestacion de pasiones que no sufren demora. La sangre de los infelices que la Providencia ha entregado en holocausto, es el cimiento del edificio social, el aceite que hace girar sobre sus goznes el mecanismo humano; coronad de flores la frente de las víctimas; aplaudid su sacrificio en gracia de su muerte; que lleven al morir el justo tributo de vuestra admiracion y de vuestros elogios; pero guardaos

de intentar rescatarlos del altar, porque si ellos se cansasen de morir por vosotros, seriais vosotros los que deberiais morir por ellos.

Vos decís: en vez de asesinarlos, ¿no podria la Providencia suspender ó refrenar este ardor genital? ¡Imprudentes, que pedís la castracion del trabajador! ¿Qué resultado podriais esperar de él despues de haber secado en su cuerpo y en su alma la fuente de la actividad y del genio? Bien pronto perderiais, por el desaliento del obrero, el beneficio de una produccion mayor, y sin debilitar la intensidad de la miseria, comprometeriais la existencia de la especie. Escuchad lo que sobre este punto nos dice el maestro:

«La pasion es fuerte, general, y es probable que seria insuficiente si no llegase á debilitarse. Los males que produce son el efecto necesario de esta misma generalidad y de esta misma energia. Todo nos induce á creer que el Criador quiso poblar la tierra; mas parece que este fin no podia alcanzarse sino dando á la poblacion un acrecentamiento más rápido que á las subsistencias. Y supuesto que la ley de desarrollo que hemos descubierto no multiplicó los hombres con demasiada rapidez sobre el globo, es evidente que no es desproporcionada á su objeto. La necesidad de las subsistencias no seria tan apremiante ni daria bastante desarrollo á las facultades humanas, si la tendencia que la poblacion tiene á aumentar rápidamente y sin medida, no aumentase la intensidad (1).»

No sé qué efecto producirán en el ánimo del lector estas diversas consideraciones: en cuanto á mí, declaro que, bajo el punto de vista de la economía

(1) MALTHUS, p. 473, edicion de Guillaumin.

política y en el punto á que hemos llegado, teniendo por una parte la propiedad que nos degüella, por la otra el comunismo que nos ahoga, no veo nada absolutamente que responder. Los hechos hablan demasiado alto para que podamos hacernos ilusiones: la miseria existe, es decir, la subsistencia es insuficiente, y el número de bocas que hay que alimentar demasiado grande. Esto es incomprensible; pero, en fin, esto es cierto, y lo que acabamos de añadir no es más que el comentario.

Así, pues, el Sér infinito, al proceder á la creacion, se encontró comprometido en un callejon sin salida; y nosotros, el sér progresivo y previsor, sufrimos la pena de su impotencia. La necesidad no puede prescindir del azar; el órden se conserva por el desórden; los séres organizados no gozan, como el mundo inorgánico, de la perpetuidad del movimiento; y aunque no haya contradiccion en la idea de un bienestar permanente, por una inexplicable enfermedad de la naturaleza, esta permanencia es imposible. Nuestra alegría se alimenta de lágrimas; la garantía de nuestro bienestar es la miseria. Nadie niega que este contraste parece que implica para la razon la necesidad de una armonía; pero esta armonía, esta condicion, dentro de la cual el bien y el mal se resolverian en un hecho superior, ¿en dónde la encontraremos? ¿Cómo se concebirá? ¿Y qué podēmos imaginar nosotros fuera de este dualismo: sufrir ó gozar, ser ó no ser? La felicidad y el sufrimiento, como el yo y el no-yo, como el espíritu y la materia, son los dos polos del mundo, sobre los cuales no hay síntesis ni idea, supuesto que sin ellos el mundo no puede existir. Si esto es así, ¿por qué molestarnos en buscar el secreto de nuestro destino? ¿Para qué sirve el trabajo, y cuál puede ser nuestra esperanza? Nuestro destino es la

miseria; nuestro trabajo la miseria, y nuestra esperanza la miseria tambien.

El socialismo no hizo más que la mitad de su trabajo: despues de haber abolido, como causas de miseria, el dinero, la competencia, el monopolio, el matrimonio, la familia, la propiedad, la libertad y la justicia; en vez de detenerse en esta hipocresía de comunidad, debia proscribir el trabajo y predicar la desesperacion: el socialismo tiene por dogma final el suicidio. Si es una ley de la humanidad progresar siempre en la industria, en la ciencia y en el arte, tambien es una necesidad para el hombre sellar con su sangre cada uno de sus pasos en esta carrera; es necesario que sufra una muerte cada vez más amarga, que le haga expiar la delicadeza de sus sentimientos, la vivacidad de sus afecciones, la fecundidad de sus trabajos, la profundidad de su entusiasmo, la alegría de sus voluptuosidades; una muerte que, tomando tantas formas como la vida, hiera al hombre en el corazon, en los sentidos y en la razon, y lo aniquile millones de veces. ¡La muerte! ¡Hé ahí nuestra última razon, hé ahí el dios del mundo! *Finis est hominis sicut jumentis*. Ahora bien: si sólo para morir hemos salido de la nada, ¿en dónde está la necesidad para nosotros y para el universo de salir de ella? La creacion, la vida, la necesidad, la Providencia, Dios y el hombre, todo es absurdo.

¡Qué insensatez! dicen con este motivo los economistas cristianos: ¡qué demencia impía! Sí, el fin del hombre sobre la tierra es como el de los brutos, y la ley de Malthus no exceptúa á nadie; pero esta ley sólo comprende la vida presente, y nuestra verdadera vida no está en la tierra; esta imperfeccion de nuestro destino, que nos hace aparecer y desaparecer, que distribuye igualmente los bienes y los

males, y que ataca á la especie como al individuo, no es ni puede ser más que el ensayo, la preparacion, el prelude de una vida ulterior. Como garantía de esta verdad, tenemos la palabra de Aquél que no miente y que puso en el fondo de nuestras entrañas, con el deseo de la felicidad, el presentimiento de la inmortalidad. La permanencia del alma despues del último suspiro y la resurreccion en un mundo mejor, hé ahí el complemento de la naturaleza, el fin de la vida, la justificacion de la Providencia.

¡Con cuánto amor recibiria y con qué trasporte abrazaria esta consoladora utopia si fuese posible, no digo ya demostrarla, sino hacerla accesible á mi razon! Pero... ¿qué puede haber fuera del universo, fuera de la série de las criaturas? ¿En dónde quereis que coloque este mundo de felicidad, si el mundo de maldicion de que yo formo parte es infinito? ¿En dónde encontraremos un tiempo fuera del tiempo, un espacio fuera del espacio, una razon fuera de la necesidad? ¿Cómo concebir un bien que el dolor no irrita ni estimula siquiera? ¿Cómo figurarme una inmortalidad que implica la separacion absoluta del yo y del no-yo, la escision de la materia y del espíritu, y que contradice todos los principios de mi entendimiento? La hipótesis de la inmortalidad del alma destruye los fundamentos de la certidumbre. ¿Cómo una prueba de la impotencia divina, tan ostensible como la creacion dislocada de que formo parte, será para mí la prueba de una renovacion ininteligible, que se funda en una existencia imposible?

Desarrollo de la poblacion, siguiendo una proporcion geométrica; aumento de las subsistencias, siguiendo una proporcion aritmética: este teorema está tan perfectamente demostrado como los del

álgebra. — Con una sola palabra, la economía política pronunció la sentencia de muerte de la humanidad, condenó á la Providencia, demostró el error de la necesidad y afrentó á la naturaleza. Hé ahí lo que mi razon me obliga á confesar, lo que mis sentidos me hacen ver, tocar y oír. Todo lo que se me diga para disminuir mi pena, sólo sirve para hacerla más aguda, y mi desolacion renace más profunda de todas las razones imaginadas para vencerla. Ó la economía política ha calumniado, y ¿cómo establecer esto? ¿en dónde encontraremos argumentos para refutarla cuando la ley de los números lo justifica? ¿en dónde están los testimonios que lo desmienten cuando los hechos lo apoyan?... ó la naturaleza, la necesidad, Dios y el hombre no son más que los sueños de la nada, y el universo una horrible pesadilla. ¡Qué inconcebible lógica en esta noche! ¡Qué filosofía en esta muerte!

Ensayaré, sin embargo, un último análisis, aunque no sea más que para gozar, como el culpable condenado á muerte, con la lectura de mi sentencia. Yo investigo como si pudiese encontrar todavía un tribunal á quien apelar, contra los aforismos de la ciencia, contra el testimonio de cien siglos, por un hecho que en el interior me domina y en el exterior me aplasta. *¡In spem contra spem!* ¡Vuélvete, desgraciado, contra la desesperacion! La economía política me ha engañado tantas veces, que le debo esta prueba de desconfianza. En el fondo de este asunto descubro algo de misterio, y es bastante que la economía política se prevalga de él para que yo vuelva á la carga. La economía política necesita que la muerte la ayude: ¿no podria suceder que fuese ella la que ayudase á la muerte? Y si la muerte, privada de este auxiliar, retrocediese un paso nada más,

¿quién sabe la ventaja que tomaría sobre ella, gracias á esta marcha retrógrada?

La economía política nos dice: Yo no puedo daros pan á todos, porque llegais más á prisa de lo que se necesita para que yo pueda servirlos. Por esta razón, son muchos los llamados, pero pocos los elegidos.

Antes de disculparse con el excesivo número de bocas, es preciso que la economía política pruebe que ha cumplido su deber. Estamos entregados á la muerte; sea en buen hora; pero... ¿no habrá la economía política preparado, solicitado, acelerado nuestra ejecución? Esta miseria que le sirve para paliar sus faltas, ¿no será en parte obra suya? *Is fecit cui prodest*. La economía política tiene interés en hacernos morir, porque la economía política ha mentido.

§ II.—La miseria es hija de la economía política.

Yo no sé todavía lo que es la miseria; pero estoy seguro de una cosa, y es que ANTECEDE á la producción, y que nos acomete ántes de que la esterilidad del trabajo la autorice á ello. Este hecho, tan perfectamente probado como ninguno de los que refiere Malthus, es el único que yo quiero oponer á la teoría de este escritor, y me bastará para destruirla por su base.

En primer lugar, yo distingo en la existencia de la humanidad dos períodos principales: el estado salvaje, esencialmente estacionario, en el cual el hombre, desconociendo el trabajo, vive solamente de los productos naturales del suelo y de la carne cruda de los animales; y la civilización, esencialmente progresiva, en la cual el hombre se hace industrial, transforma la materia y vive del producto de sus manos.

En el primer período, la miseria, es decir, el agotamiento de las provisiones y la falta de objetos de primera necesidad, tiene por causa directa é inmediata la pereza y la inercia general de las facultades del hombre. Como era posible, si no eliminar de pronto, cuando menos aplazar, por medio de un trabajo productivo, esta miseria que nace de la inercia; como llega mucho tiempo ántes de que el hombre se haya apoderado de las fuerzas naturales y le haga dar todo lo que pueden, es claro que esta miseria es *prematura*, que viene ántes de tiempo; por consiguiente, que es anormal. Y supuesto que en el estado salvaje, la apatía del hombre es permanente, hay también permanencia en la antelación, y por lo tanto, en la anomalía de la miseria.

Hé ahí lo que la economía política diría con razón para defenderse, si la acusáramos de ser la causa de la miseria que mata y diezma á los pueblos salvajes. Es posible, replicaría, que un poco más tarde, y á pesar de la energía y la inteligencia de sus esfuerzos, la miseria volviese á apoderarse del hombre civilizado; pero mientras no haya hecho todo lo que depende de él para alejarla, en tanto que, por su trabajo, no haya hecho innecesaria á la Providencia, el hombre no tiene el derecho de acusar á la ciencia, ni siquiera el de proferir una queja. Sufrir una desgracia que es consecuencia de sus propios hechos, y contra ellos protestan la naturaleza y la Providencia. En ménos de un siglo, los europeos de los Estados Unidos crearon más riqueza y bienestar que el que todos los indígenas de ese vasto continente habían recogido durante miles de años; y como la nueva población de los Estados Unidos no cesa de doblar, y dobla todavía cada veinticinco años, se puede decir que esta población, por su actividad prodigiosa, hizo más personas felices, que misera-